

El amor no entiende de cromosomas

El 16 de marzo era un día normal, y al igual que en todas las mañanas, me dirigí a la notaría a trabajar. No obstante, el día cambió en cuanto crucé la puerta de mi despacho. Días atrás, mi compañero había sido despedido, y allí, delante mío se encontraba en ese instante el sustituto. Cualquiera persona se extrañaría ante esa escena, pero a mí no me sorprendió lo más mínimo el hecho de que el nuevo miembro fuera una persona con síndrome de Down. A continuación, mi jefe me lo presentó. El hombre se levantó, me dio la mano, y sonrió. Al ver ese rostro, al presenciar esa expresión facial, una ola de recuerdos se me vino a la mente.

Tiempo atrás, cuando tenía unos 5 años, me encontraba con mi abuelo en el parque. Esas imágenes mentales eran tan claras como si hubiera sucedido ayer. Me levanté del banco en el que estaba sentado, y, al igual que cualquier otro niño, me dirigí, con ganas de jugar, hacia un chico que se encontraba en el tobogán. Al principio me pareció una persona muy grande, y no estaba seguro de si era de mi edad, pero no me importaba. El crío se deslizó por la superficie roja, y me acerqué hacia él. Le pregunté si quería jugar en el arenero, y a esta petición contestó con una especie de sonrisa y se acercó deliberadamente hacia mí. Yo huí aterrorizado hacia mi abuelo y me abracé a su pierna. Miré arriba, y él me sonrió. Me subió a sus brazos y, entonces, me lo explicó.

—Veo que te has asustado con ese niño. Es normal, pero debes entender una cosa. No todo en este mundo es habitual, y no debes reaccionar con miedo ante las cosas nuevas

—¿Pero qué le pasaba a ese niño?—creo que le pregunté en aquel instante

—Cada persona es diferente. Cada uno tiene distintas ventajas y desventajas. Al nacer, a cada persona le dan caramelos. En total, unos 46

—Pero, ¿Quién da esos caramelos?

—Es la desinencia

—¿Qué es eso?

—La desinencia es el motivo por el cual todo ocurre. 46 caramelos son los que a ti te han dado, los que a mí me van dado, los que a mamá le han dado, y los que a tu padre le han dado. Con esos caramelos, tendremos que valernos durante nuestro camino, es decir, la vida. Sin embargo, hay algunas personas que reciben, porque Dios quiere, menos caramelos, y, por lo tanto, les cuesta mucho más recorrer este camino. Ese niño es una de esas personas

—¿Por eso es tan raro?

—No es raro, es diferente, pero, lo que nunca cambia, pues no depende en absoluto de esos caramelos, es el amor. Y esa es la clave más poderosa para recorrer este camino con éxito. Ahora, quiero que te acerques a ese niño, y empieces a jugar con él

—¿Pero se ha abalanzado sobre mí!

—Confía en mí, e inténtalo

El recuerdo más vivo que mantengo es el que viene ahora. Me separé de la pierna del anciano, y andé hacia el niño, que estaba ahora en el arenero. Me senté, le propuse jugar por segunda vez, me miró a los ojos, sonrió, empezó a aplaudir, se acercó a mí, y me abrazó.

Escrito por Manuel Arbona Llorca

